

Martina Valiente

-

Federico Ivanier

Ella está corriendo para quedarse parada.

U2

Martina no había escuchado hablar nunca ni de Novrogod, ni de Hechicería, ni de la Mariposa de la Luz y mucho menos de la Espada de Fuego, esa que ardería bajo el agua y convertiría en ceniza todo lo que tocara. Es más, quizá ni siquiera habría creído que algo de todo eso fuera verdad.

Sin embargo, lo supiera o no, lo quisiera o no, lo creyera o no, un montón de cosas estaban por cambiar.

I

El Caminante de las Tinieblas

El Caminante de las Tinieblas descendió por el aire, sostenido por hilos invisibles. Martina conseguía verlo a pesar de que su túnica negra se fundía con la oscuridad. Las manos de dedos largos, color blanco enfermizo, resaltaban como fantasmas. Aunque no veía sus ojos, Martina sabía que la estaba mirando. Su corazón latía a cien kilómetros por hora.

El Caminante de las Tinieblas, así lo había bautizado después de verlo por primera vez, llevaba un bastón de madera que llegaba hasta su frente y culminaba en un círculo. Con él dominaba el mundo. Martina no sabía de dónde había sacado esa idea, pero no tenía dudas de que era cierta. Así como sabía que la buscaba, desde el comienzo, todas las noches, de sueño en sueño. Y la esperaba.

Tendría que enfrentarlo, tarde o temprano, así que hacía un esfuerzo mental, imaginándose que volaba, y simplemente subía. Hasta quedar cara a cara con él.

—¡Martina...!

Un relámpago agujereó la oscuridad. Unas manos se apoyaron sobre sus hombros.

—¡Martina...!

Abrió los ojos.

Su madre, con camión amarillo, cabello algo despeinado y volcado hacia adelante, la observaba.

—Martina, despertate.

Martina miró el cuarto, su cuarto. No era el de siempre, pero estaba en casa. Aunque fuera la nueva. Martina entrecerró los ojos. La luz la encandilaba un poco.

—Estoy despierta, mamá.

—Te movías y hablabas sola. ¿Qué estabas soñando?

—No sé. No me acuerdo.

Jamás le había contado del Caminante de las Tinieblas a su madre. Ni una vez. Siempre había tenido esas pesadillas. Desde que tenía memoria. Ignoraba de dónde venían, pero jamás las discutía con nadie. Mencionarlas, aun a plena luz del día, hacía que un estremecimiento la recorriera.

Su madre suspiró.

—¿Querés agua o algo?

—No, nada. Estoy bien.

—¿Segura? Estás toda sudada.

—Sí. Estoy bien, mamá.

Quien le había dado la vida ensayó una sonrisa tranquila, pero en los tres últimos meses su rostro se había poblado de pequeñas arrugas. Ella se esforzaba por hacer como que esos surcos en su piel

no existían, pero Martina los podía ver. Perfectamente. Aunque nunca decía nada de ellos, igual que con las pesadillas.

—Todo va a salir bien, ¿sabés? —le dijo con una sonrisa—. La casa nueva, el barrio nuevo, todos estos cambios. Pero todo va a salir bien, vas a ver.

—Sí, mamá.

—Te va a gustar el nuevo colegio y vas a conocer gente nueva. También te vas a acostumbrar a tener que ver a tu padre un poco menos y a...

—Miró hacia arriba, como si mirara la casa—. En fin, te vas a acostumbrar.

—Sí, mamá.

—Sos mucho más fuerte de lo que creés.

Martina sonrió, más por dejarla contenta que otra cosa. Hasta ahora, ni tenía nuevos amigos ni se había acostumbrado a ver menos a su padre. Las cosas no estaban saliendo bien, en su humilde opinión.

—Bueno, te voy a dejar la luz prendida. Cualquier cosa me llamás.

—Mjm.

—Dormite tranquila.

—Sí.

Su madre salió y Martina quedó a solas en su cuarto. Ahora no tenía sueño. Tampoco tenía ganas de leer. Se levantó. Se paró junto a la ventana y la abrió. Afuera corría una brisa agradable, el

cielo estaba lleno de estrellas y la luna parecía un gato blanco enrollado, acostado en el cielo. Martina respiró hondo, aspirando el aroma de la noche y se apoyó contra el alféizar de la ventana.

Hacía ya una semana que había cruzado el umbral de la puerta de la casa de la abuela Famke, un caluroso veintinueve de enero. Había mirado hacia adentro y dejado que el leve olor a encierro penetrara por su nariz. La casa estaba oscura y algo de polvo flotaba en el aire, delante de sus ojos, encendido por el sol que se colaba desde la puerta abierta. Se había quedado parada allí, con su sombra recortada en el rectángulo de luz sobre el parqué gastado y claro: una figura larga y algo esmirriada, de pelo encrespado que llegaba hasta sus hombros.

A los doce recién cumplidos, Martina Adler no era demasiada cosa, al menos eso creía ella. Hombros apretados, cuello fino sosteniendo una cabeza algo ovalada, pelo rojizo (impeinable), cara repleta de pecas (igual que todo su cuerpo) y tronco fino. Sus piernas también eran flacas. Su sombra parecía la de dos alambres. A veces Martina se preguntaba si era normal ser así. Era la más flaca de todas sus compañeras de clase.

Sus compañeras de clase. Gabriela, Magdalena, Mariana, Stefanía. Ir a verlas ahora desde

Buceo hasta su viejo barrio, el Prado, significaba una hora de viaje. Antes, cinco minutos en bici alcanzaban. Y todo porque sus padres se estaban divorciando. Su padre se había ido a vivir con una contadora llamada Silvia, que a su vez tenía un hijo de catorce, Matías, y una hija de trece, Nicole. Su madre también había querido dejar atrás la casa de la calle Buschental, y ahí estaban ahora, en la casa de la abuela Famke.

Su misteriosa abuela Famke, muerta antes de que Martina naciera y venida a Uruguay desde Europa, escapando de la Segunda Guerra Mundial. Se sabía de qué, pero no de dónde había huido. Después de la guerra, del pueblo solo quedaron escombros. No quedó en pie ni el nombre.

La primera impresión de Martina fue deprimente. El piso estaba lleno de polvo y los sofás cubiertos por telas que, originalmente, tal vez hubieran sido blancas. El living era grande, lo que acrecentaba la mala impresión: la pintura se descascaraba de las paredes, los hongos formaban ejércitos en diferentes rincones.

Lo que más le llamó la atención a Martina, en ese momento, fue el espejo. Era enorme, con un marco labrado y, pensó también, caro. Su superficie pulida estaba llena del mismo polvo que el suelo y era difícil entrever algo. La propia imagen de Martina quedaba como un espectro con unos

shorts rojos, una remera negra con una luna y un sol sonrientes superpuestos, encima de un letrero de No Te Va Gustar, y unas simples sandalias. Su cara era irreconocible.

—¿Vamos a vivir acá, mamá? —había preguntado.

—Sí, Martina. Acá mismo.

—Pero no se puede vivir acá.

Su madre, Ariana (como Adriana, decía ella, pero sin *d*), traductora de francés e inglés en la embajada del Líbano, había pasado el brazo lleno de pecas sobre los hombros de su hija y mirado la casa dando un suspiro.

—Eso es lo que esta casa quiere hacernos pensar, ¿no?

Las telarañas colgaban. La casa toda exhalaba un aire lúgubre. Era difícil que *quisiera* algo. Aún así, su madre había sonreído.

—Pero no vamos a dejar que nos engañe.

Y abrió las ventanas. Luz y aire fresco, huéspedes que no visitaban la casa desde hacía años, llenaron las habitaciones.

Martina se había encomendado a alguna fuerza superior para que la azotea no se les desplomase encima cuando estuvieran durmiendo. Porque parecía que esa casa se iba a destartalar como un castillo de naipes gigantesco. Sin embargo, no cayó. La escalera de madera que

llevaba al piso superior no se había desfondado y Martina había elegido uno de los tres cuartos, cuya ventana dejaba una vista espléndida de todo el cielo.

Entraron carpinteros, albañiles, plomeros y algún pintor. Salieron bolsas de basura gigantes. En el ropero del dormitorio de Martina aparecieron varios juguetes viejos que ya estaban más allá de cualquier salvación y otros trastos que Martina no supo decir qué eran. Como ninguno le gustaba, ella era de la idea de tirarlos a la basura.

—¡Pero no vamos a tirar todos esos juguetes!
—decía su madre—. Si algunos sirven todavía...

El dormitorio de Martina estaba a medio pintar. Una escalera descansaba contra una pared llena de manchas blancas de enduido.

—Sí, mamá, pero son feos —respondió Martina y le mostró una muñeca de trapo enmohecida—. Esto es para la basura.

Su madre tomó la muñeca y la miró con poca convicción.

—Mamá, ¿qué es esto?

Tenía en la mano un cubo de metal dorado, lleno de tierra, pero brillante aún debajo de las motas de polvo.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó su madre y lo miró. Era bastante pesado. Y frío al tacto.

—Ahí dentro —dijo Martina y señaló hacia el ropero.

—No me acuerdo de esto, la verdad.

—¿Para qué sirve?

—No sé. Antes la gente ponía fotos en cubos.

—¿Cómo en cubos?

—Claro. No como este de metal, sino de acrílico. Se podía poner una foto sobre cada cara del cubo. Seis fotos en total. Cuadradas. Antes las fotos eran cuadradas.

—¿Usaban cubos en vez de álbumes de fotos?

Su madre sonrió, mirando pensativa el cubo. Su imagen se reflejaba en él, algo distorsionada.

—No. Eran portarretratos con muchas fotos a la vez. Se ponían encima de cómodas o repisas.

—Ah —murmuró Martina, y volvió a agarrar el cubo. Apartó la suciedad de una de las caras y se miró a sí misma. El rostro de una pelirroja pecosa bastante ingenua le devolvió la mirada. El cubo le pareció un cacharro simpático—. ¿Me lo puedo quedar?

—Claro. —Su madre le alborotó el pelo—. No veo por qué no. Al fin algo que no vas a tirar. ¿Te gusta?

—Sí... No sé, es raro. No sé para qué servirá, pero me gusta como adorno. Capaz que le puedo pegar unas fotos encima.

—Pobre cubo, se va a estropear con los pegotes...

—Ay, mamá...

Martina miró a su madre y la vio reír con la cabeza hacia atrás, como hacía tiempo no la veía, e internamente agradeció al cubo dorado. Decidió, más que nunca, conservarlo en su mesa de luz.

Precisamente, mesa de luz fue otra cosa que pudo encontrar en la casa. Había allí una vieja, de madera, con formas curvas y unas uvas talladas en la puerta. Martina la lijó un poco para sacarle la humedad y luego le pasó un par de manos de barniz. La mesa quedó como nueva. Hasta olía bien. También encontraron una lámpara antigua, con forma de vela, hecha de metal. No funcionaba, pero la mandaron arreglar, compraron una pantalla y listo.

Martina escogió los colores para su propio cuarto. También eligió las cortinas. En conjunto, el cuarto era colorido y lo comenzó a llenar de pósters. Tenía uno del disco *De bichos y flores* de La Vela Puerca y también otro de la película *Rock of Ages*. Ese póster lo había conseguido su padre en su último viaje a Los Ángeles y aunque Martina ni siquiera había visto la película, le gustaba.

En su cuarto parecía reinar un cierto orden que a Martina le provocaba un secreto placer. De

noche, no pensaba en el Caminante de las Tinieblas y dormía con la cara hacia la nueva mesa de luz, sobre la que, junto a la lámpara, reposaba ese misterioso cubo dorado que había puesto de buen humor a su madre.

II

Acertijos y desencuentros

—¿*Qué?* —preguntó Nicole. El tonito despectivo le salía natural. Sin necesidad alguna de actuación. A sus trece años, Nicole era la reina del tonito—. ¿Por qué *ella* tiene que tener ese cuarto?

Ella, en la conversación, era Martina. Y *ese cuarto* era la buhardilla de la casa. Nicole, su hermano Matías, su madre y el padre de Martina cenaban en torno a la mesa de madera de la cocina.

—Porque nadie lo está usando —respondió Matías.

Matías era el hermano de Nicole pero no tenía tonitos en la voz. Era una voz más bien sin demasiados tonos. Trajo una jarra con agua a la mesa y se sentó. Tenía un andar ágil y una piel algo tostada por el sol. Sus ojos verdes y tranquilos se movían con lentitud. Relativamente alto para su edad, poseía un par de hombros sólidos, bien puestos.

—Además ni siquiera es un cuarto —culminó—. Es una buhardilla.

—*Es un cuarto. Yo lo uso para dejar mis cosas viejas ahí.*

—¿Qué cosas?

—Ropa, revistas. *Cosas*. ¿Dónde las voy a poner ahora?

—¿En *tu* cuarto?

—¿Ah, sí? Decime dónde.

—Uy. Vas a tener que tirar cosas a la basura. Qué horror.

Nicole cruzó una mirada hacia el otro extremo de la mesa.

—Mamá...

—Chicos, chicos —intercedió Silvia—. Simplemente estamos tratando de encontrar una solución.

—Yo *necesito* ese cuarto, mamá.

—Bueno, perfecto —dijo Matías—. Ya está. Te quedás con la buhardilla y Martina duerme contigo en tu dormitorio.

—¿*Mi dormitorio*?

Matías resopló, agotado por la discusión. Sin embargo, la decisión se tomó sin titubeos. El dormitorio de Martina sería, al menos por un tiempo, la buhardilla. Para el fin de semana, cuando a Martina le correspondía visitar a su padre, Silvia le advirtió a su hija:

—Todos tenemos que hacer algunos sacrificios. Martina es nuestra invitada y...

—En realidad, si es la casa del padre —intervino Matías—, no es una invitada. Es su casa también. ¿No?

Matías no esperó la respuesta, sino que siguió de largo. Cuando Martina llegó, Nicole tenía una hermosa sonrisa de estrella de cine en la boca.

—Martina, hola —le dijo—. ¿Andás bien?

El padre de Martina sonrió feliz. Martina, por su parte, frunció el ceño pero aceptó el buen trato de su hermanastra.

—Sí, gracias —dijo.

—Vení que te llevo a... —Nicole juntó aire para poder pronunciar las palabras—: tu nuevo... dormitorio.

—Bueno.

La llevó escaleras arriba. Una vez allí, le mostró la habitación de dos por dos. Varias cajas de cartón se apilaban en un rincón y un colchón hacía de cama, con unas sábanas dobladas encima. Una columna de luz solar entraba, oblicua, a través de una única ventana sobre un costado. No era una ventana grande.

—Es acá —dijo Nicole—. ¿Te gusta?

—S-sí.

—Traté de ordenarlo para que estuviera pronto cuando llegaras.

Nicole movió su cabeza de lado a lado y se agitó el cabello sedoso y rubio, que flotó y se hamacó como en un comercial de champú.

—Gracias. Tenés lindo el pelo —dijo Martina.

—Obvio. ¿Y el tuyo? ¿Por qué lo llevás atado?

—No... es que... Tengo un pelo casi impeinable —soltó con una risa.

—A ver, soltátelo.

Martina sonrió y, tras una vacilación, se quitó la goma que mantenía su cabello atado y trató de acomodarlo. Nicole frunció la boca mientras estudiaba la cabellera roja.

—Sí, demasiados rulos. Mejor volvete a poner la gomita. Bueno, acomodate nomás. Después, si querés, bajá.

A la hora de cenar se juntaron en la cocina y, para romper el hielo, el padre de Martina, Miguel, decidió hacer acertijos.

—Bueno, a ver quién puede adivinar este —dijo—. Dice así: ¿Quién es la persona que es hijo o hija de tus padres y no es tu hermano o hermana?

—Lo sé, lo sé. Estoy segura de que lo sé... —dijo Nicole.

—A ver...

—Pará que estoy pensando. Te juro que lo sé. Matías se cruzó de brazos y miró a su hermana.

—A ver, repetilo —insistió Nicole.

—¿Quién es la persona que es hijo o hija de tus padres pero que no es tu hermano o tu hermana?

—Bueno, ¿y? —dijo Matías.

Nicole miró de mala manera a su hermano.

—Ta, mijo. No me apures.

—¿Lo sabés o no?

—Claro.

—Buenísimo. Dale.

Nicole resopló.

—Esa persona no existe.

—Claro que existe, Nicole —dijo el padre de Martina—. Si no, no sería un acertijo.

—Esa persona —dijo Martina— soy yo misma.

—No —dijo Nicole—. Qué pavada. ¿Cómo va a ser *vos misma*?

—Muy bien, Martina —dijo su padre—. Perfecto. Felicitaciones.

—No vale —dijo Nicole—. Ella lo sabía de antes.

—En realidad me hicieron el acertijo recién hoy...

—Ya lo iba a decir —dijo Nicole—. Es reobvio. Cuando alguien es hija de tus padres y no es tu hermana, es tu hermanastra.

—¿Cómo...? —dijo Miguel.

—Eso. Es reobvio.

Martina sonrió y Matías se echó a reír.

—No, Nicole —respondió el padre de Martina—. La respuesta no es *hermanastra*, o *hermanastro*. La respuesta es *uno mismo*. O *una misma*, depende a quién le hacen la pregunta.

—¿Cómo, *una misma*? ¿Soy yo, entonces? —preguntó Nicole.

Las risotadas de Matías rebotaron por las paredes de la cocina.

—¡No te rías! —le dijo Nicole.

—Cuando te hacen el acertijo a vos, sí. ¿Quién es hija de tus padres y no es tu hermana? Vos misma, no queda nadie más.

Matías reía a carcajada limpia.

—¡Callate! —gritó Nicole.

Matías la ignoró.

—Mamá...

—Chicos, chicos...

—Qué zapalla que sos, Dios mío...

Matías se secó una lágrima mientras reía todavía más.

Una hora después, Martina escribía en su diario, acostada en el colchón.

Querido diario:

A veces no sé qué es peor, si estar a solas en mi nueva casa o estar acá. Me acuerdo de mi dormitorio de antes, que miraba al jardín del fondo. Ahora no tengo ni fondo ni dormitorio.

Martina había comprado su diario hacía ya casi dos años, poco tiempo después del comienzo de las clases de quinto año. Al principio anotaba algo de vez en cuando. Luego más y más, hasta que, con el divorcio de sus padres, había llegado a escribir todos los días.

A veces releía lo escrito. Por ejemplo, el veintinueve de junio del año anterior, justo antes de irse de vacaciones de julio, se había enterado de que Paco, de sexto B, gustaba de ella. Tenía ojos azules, era casi una cabeza más bajo que ella y odiaba las matemáticas.

La puerta de su buhardilla se abrió. Era Nicole.

—Nicole, hola. —Martina cerró su diario y se incorporó con una sonrisa.

Pero Nicole cerró la puerta, avanzó hasta ella y la tomó del cabello, a la altura de la nuca, forzándola a inclinarse.

—Que sea la última vez que tratás de hacerte la lista, ¿me oís?

—Soltame que me duele.

—¿Me escuchaste lo que te dije?

—Me duele.

—¿Me escuchaste o no?

Martina elevó su mano y aferró la cabellera de Nicole, la enredó entre sus dedos y tironeó con todas sus fuerzas. Nicole dejó escapar un aullido y soltó a Martina, que también la liberó, dejándole el cabello enmarañado, y hasta parado.

—Nicole, perdóná, es que...

Pero Nicole aulló como si la estuvieran degollando viva. Martina no supo qué hacer y mientras Nicole hacía lo posible por desgañitarse, escucharon pasos que corrían hacia la buhardilla.

—¡¿Qué pasó?! —preguntó Silvia apenas llegó, delante del padre de Martina.

—Vine a charlar con ella y me agarró de los pelos —lloriqueó Nicole y abrazó a su madre.

Martina miró el espectáculo y pensó: *¿Me estás cargando?*

—¿Martina...? —preguntó su padre.

La pelirroja lo miró. *¿Qué? No me digas que creíste eso.*

—¿Por qué hiciste eso? —le preguntó Silvia.

—Yo no hice nada —dijo, pero incluso al hacerlo supo que Nicole había conseguido aventajarla. Ella nunca podría hacer un show como el de Nicole. Ni aunque quisiera.

—¿Martina, qué te está pasando?

Su padre la miraba a través de sus lentes. Tenía el pelo negro, peinado con raya al costado y la sonrisa fácil, pero en ese momento no sonreía. Estaban solos en la cocina.

—Nada —respondió Martina.

—¿Y todo el lío en tu dormitorio?

Martina se encogió de hombros.

—Ni siquiera es un dormitorio.

Miguel suspiró. Era siquiatra y bastante exitoso. Sin embargo, a Martina, a veces, le daba la sensación de que la trataba igual que a un paciente.

—Martina, este es un momento de muchos cambios para todos, y los cambios son difíciles...

—Yo no cambié nada. —Martina se cruzó de brazos.

—Yo no dije que vos hubieras cambiado. Simplemente digo que están pasando muchos cambios juntos: casa nueva, Silvia, Matías, Nicole..., incluso el terminar la escuela y el empezar el liceo es un cambio. Vas a conocer nuevos amigos...

—¡Yo nunca quise conocer nuevos amigos! ¡Me gustaban los que ya tenía!

—Bueno, sea como sea, así están las cosas. Y, estés como estés, no podés venir a esta casa y agarrar de los pelos a nadie.

Martina apretó los dientes. Quería irse, pero ignoraba adónde. A algún lugar lejos.

Su padre se recostó en la silla. Resopló, mientras Martina permanecía con los brazos cruzados; pero entonces se abrió la puerta y Martina se sentó más derecha.

Entró Matías. Caminó con calma hasta la heladera. Miraba al frente, como si nada, y su cabello largo se sostenía detrás de sus orejas. Cuando consiguió una botella de jugo de la heladera, miró a Martina, como si fuera la primera vez. Martina respiró con mayor lentitud. Matías desvió la vista, tomó un vaso y se fue con la botella.

—¿Martina...?

Miró a su padre.

—Ya entendí. No le voy a pegar a nadie más.
¿Puedo ir a mi cuarto?

Más tarde, cuando Martina iba a entrar en su cuarto, Matías la esperaba mientras bebía el jugo.

—La próxima vez... —le dijo— revoleala un poco más. Pero por esta vez, te defendiste bien.

Y sin una sonrisa, ni un comentario más ni nada, se fue.

Una cierta calma se asentó. No consiguió un verdadero dormitorio en lo de su padre y Nicole la odió con toda su alma. Sus padres se obsesionaron por el trabajo. Especialmente su madre. Conseguía traducciones para hacer en casa, muchas más que antes. Además, estaba su trabajo en la embajada.

Martina estaba encargada de su desayuno y a veces también de su almuerzo. De vez en cuando su madre le dejaba algo cocinado, aunque muchas otras veces tenía que hacerlo ella. Ansió que alguna de sus abuelas estuviera viva, pero todos sus abuelos habían muerto. Algunas veces, aprovechando que estaba de vacaciones, se iba a comer a lo de alguna amiga. Matías, más allá de esas dos frases raras que le dedicó junto a la buhardilla, la ignoró.

Se acercaba el momento de ir a clases.

III

El cubo que flotaba

Unas pocas nubes pesadas recorrían el cielo nocturno. El calor veraniego no terminaba de irse y Martina estaba tapada a medias con la sábana, mientras leía. Su madre se había dormido hacía unos pocos minutos.

Martina dejó el libro sobre su mesa de noche. Apagó la luz e iba a dormirse, cuando lo vio. Al principio pensó que era un truco de su imaginación. Se refregó los ojos y volvió a mirar. Seguía viendo lo mismo. Martina se incorporó sobre la cama, frente a su mesa de luz. No podía ser, pero era. Se trataba de su cubo, el cubo dorado que había encontrado, el mismo que todas las semanas repasaba con una franela.

El cubo *flotaba*.

Algo de luz se coló por la ventana y brilló sobre una de las aristas del cubo, que eran suavemente redondeadas, igual a las de un dado. Sus ojos no le mentían. Estaba separado de la superficie de madera de la mesa de luz por unos dos o tres centímetros. Sin saber bien qué hacer, sin creérselo del todo aún, Martina tomó la tapa del

libro y la pasó entre el cubo y la mesa. Se deslizó sin problemas.

Debía despertar a su madre. Debía hacerlo ya. Eso era obvio. Además, era fácil hacerlo. Pero algo le dijo que no. Martina nunca supo qué fue ni por qué siguió esa voz misteriosa que la detuvo. Ni tampoco se lo cuestionó. Nada más se dejó absorber por el momento.

El cubo seguía inmóvil, esperando algo. Martina dirigió su vista hacia el reloj despertador: las doce menos dos minutos. Tomó aire y lo dejó escapar por la boca. Estiró la mano derecha y la colocó sobre el cubo. Estaba algo menos frío que de costumbre, pero fuera de eso, nada anormal. Empujó hacia abajo. El aire entre el cubo y la mesa desapareció. Luego lo soltó. Sobre la cara superior, la huella de su mano quedó como un fantasma, hasta que se borró. Por un segundo, no pasó nada... y entonces el cubo volvió a ascender, con calma. Y quedó donde estaba antes.

Martina llenó sus pulmones de nuevo, estiró su brazo hasta el cubo y cerró los dedos en torno a él. Se aclaró la garganta y lo levantó. Por más que flotara, estaba igual de pesado que siempre. Era macizo. Martina observó su rostro borroso en una de las caras. Era ella. Y, al mismo tiempo, no era ella.

Sostuvo el cubo en su mano, a ver si flotaba allí. Permaneció acostado sobre su mano, vuelto

una mascota dócil. *¿Y ahora qué?*, se preguntó. Torció la boca. En su espalda, entre los omóplatos, algo le ardía. ¿O era una picazón fuerte? Pero tan abstraída estaba con el cubo, que la ignoró. Se bajó de la cama y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo de madera. Dejó el cubo en el piso.

Igual que la vez anterior, tras algunos segundos, el cubo ascendió despacio, hasta quedar a un par de centímetros del piso. Martina suspiró. Se preguntó cuánto tiempo habría estado flotando sin que ella lo supiera. Y se preguntó qué hacía ese cubo en la casa de su abuela, cuál sería su uso.

Volvió a tomarlo y lo observó. Los bordes curvos brillaban algo más que las caras lisas. *Parecía* un dado enorme. Acarició una de las aristas con su dedo. Una electricidad agradable la recorrió desde la mano. Martina comenzó a pasar la yema de su dedo índice por cada uno de los bordes y cada vez recibía un poco más de esta energía. Era fácil reconocer dónde no había tocado. Cuando acarició la última arista que quedaba opaca, sostuvo el cubo sobre la palma de su mano. Fue entonces que las dos caras laterales se soltaron y se abrieron cada una hacia un lado, como las tapas de un libro.

Martina dejó escapar un pequeño gemido y soltó el cubo que, en vez de caer, fue descendiendo poco a poco hasta quedar a dos centímetros del suelo. La cara superior se levantó también, hacia

donde estaba ella. Todas se soltaron y quedaron extendidas hasta formar una minirrayuela.

La cara del cubo en torno a la cual se abrieron las demás tenía encima una pirámide en miniatura. Eso era todo lo que había dentro del cubo. Por lo demás, las caras eran bastante gruesas y del mismo material por dentro que por fuera.

Poco a poco, unos tímidos rayos azules aparecieron encima de la pirámide en miniatura. Al principio no se levantaban más de unos diez centímetros y eran como unos chisporroteos. Luego, una luz azul se elevó del cubo, en forma de abanico, hasta formar una pared que llegaba hasta el techo. A través de la luz no se veía absolutamente nada. Martina se paró y la miró más de cerca. Lo único que se veía era un color azul profundo y algo líquido. Tragó saliva. Observó por el costado y vio que el muro de luz no era más ancho que un papel. Y del otro lado parecía no haber nada. Se distinguía a la perfección la puerta de entrada a su dormitorio, al de su madre y parte de las escaleras.

Su madre, debía avisarle a su madre. En ese mismo momento. Sin dejar pasar ni un segundo más. Pero Martina no hizo ningún movimiento que la llevara hacia el otro dormitorio. Al contrario, retrocedió por donde había caminado. Volvió a visualizar la luz azul. *No tengo*

miedo, se sorprendió diciéndose a sí misma. Respiró hondo y extendió su mano izquierda hasta que sus dedos quedaron ante la luz. Y empujaron apenas. No hubo una resistencia particular. Su mano cruzó la pared de luz azul y desapareció en ella.

Percibió frescor, como si detrás de la luz hubiera mucha humedad. Llevó su mano libre a la misma altura de la otra. Ahora las dos desaparecían dentro de la luz. *Parece que no tuviera manos*, se dijo y sonrió.

Entonces todo pasó muy rápido. Dio un paso más, hundió los brazos dentro de la luz, como en un juego, y algo la tironeó hacia dentro. En un segundo, desapareció en la luz azul, que la tragó entera.

